

## Al lector

Esta página celebra al creador del neobarroco. Justo hoy, Severo Sarduy cumple 80, y nada más justo que (ad)mirarlo desde su cuna. Por eso le abrazamos hecho versos, lo descubrimos vivo en los pretextos de un calado, lo retenemos en la imagen con pistas de su profusión literaria y pictórica, y le acompañamos a través del relato de una vecina suya, que acorta las distancias de los tiempos, para enseñar a quererlo. Dicen que murió en París, el 8 de junio de 1993, pero le presentimos otra vez en su ciudad. Hágase la luz por un camagüeyano con sed de tinajones.

## Musas

## Que se quede el infinito sin estrellas\*



Severo Sarduy pinta en la mesa del comedor de la mansión de Chantilly, en las afueras de París, donde vivió por más de treinta años. Probablemente se trate de la obra *Carta a mi madre*.

A González-Esteva

*Que se quede el infinito sin estrellas,  
que la curva del tiempo se enderece  
y pierda su fulgor, cuando se mece  
un planeta en su abismo y en las huellas*

*del estallido primordial. Aquellas  
noticias recibidas del comienzo  
de las galaxias, del vacío inmenso  
hoy son luz fósil. Paradojas bellas*

*que anuncian por venir lo transcurrido  
y postulan pasado lo futuro.  
Universo del pensamiento puro:*

*un espacio que fluye como un río  
y un tiempo sin presente, opaco y frío.  
El tiempo de la espera y el olvido.*

/SEVERO

\* Tomado de *Un testigo perenne y delatado*, Hiperión, Madrid, 1993.

## Crónicas raras

Por Por Oneyda González González  
(Escritora y guionista de cine)

“Para que nadie sepa que tengo miedo” es la primera frase de *Cocuyo* (1990), la última novela que publicara en vida el escritor cubano Severo Sarduy, quien nace en esta ciudad un día como hoy, 25 de febrero del año 1937. Y enseguida vemos al pequeño Cocuyo zambullirse en un tinajón, cuando ensimismado sobre un orinal, el cabezón, como también le dicen, es sorprendido por las tías. El narrador anota que este es el “primer miedo. Miedo a la mirada”.

Al conocer la casa marcada con el número 773 de la calle Bembeta, donde vive Sarduy hasta los dieciocho años, se imagina que la escena ocurre en este patio, y en ningún otro. En lo adelante se nos da a conocer un miedo atávico. La familia espera uno de esos ciclones que el caribeño capea como puede, por ser el evento más temible de la región. El niño está asustado, pero tiene tantas ganas de saber, que se sube a una escalerilla plegable, junto al ventanal, para husmear lo que pasa en la calle.

A través de un ojo de buey, cercano al alero, él hace su trabajo, a pesar del susto y la gaguera que le provoca. Pero Cocuyo no puede narrar la escena en que una teja de zinc, arrancada al techo de una casa, le corta la cabeza a un hombre. Se queda paralizado como un muñeco, sin pronunciar palabra, y las tías se burlan de él. Un rato después, el niño prepara un tilo, lo “espolvorea con matarratas”, y antes de servirlo, se dice a sí mismo: “Para que nadie sepa que tengo miedo”.

La frase parece una conjura para salir del silencio, lo que podría significar la muerte de un cuentacuentos. Envenenar simbólicamente a sus iguales, puede ser una venganza al estilo de la psicomagia, para defenderse de la mirada crítica. Pero hay una posibilidad más: se trata de una burla contra la autoridad, contra la voz de los adultos que empujan la suya a la torpeza. De cualquier forma, amor y miedo combaten ante nuestros ojos, ya que la primera reprobación nace en medio de los seres queridos.

Tampoco parece casual el nombre del protagonista. Cuando un día sale a la ciudad, se acerca a una niña cuyo aroma lo atrae. Al escuchar que se llama Ada, le dice que parece un nombre de cuentos (de hadas). Pero más adelante, cuando él le dice que se llama Cocuyo, ella apunta desdeñosa, que el suyo es nombre de insecto. Como todo ser inquieto él observa, y se observa. El narrador ha dicho que no ha tenido acceso “al mundo objetivo”, y espera a que las tías lo dejen mirar. Pero cuando al fin ocurre, se acerca a esos cuadros de la realidad, y los prende con alfileres, como el naturalista a los insectos. Son cuadros vivos, fotogramas escapados de alguna película jamás hecha.

Sarduy era pintor, pintor abstracto: pinta ideas y emociones. Y aunque sus pinturas son a veces remembranzas de signos lingüísticos, son espacio de fijación de un mundo vivo a través del color. Son, pues, escenas desgajadas de su realidad, para ser re-presentadas. La objetividad sirve a la verdad, a la idea, y no a la opinión tendenciosa.

Al narrar, Sarduy desarticula los cuadros del escenario de donde los toma, para aislarlos no solo de ese espacio, sino, incluso, de la noción de continuidad, que nos llevaría a

## Para curiosos

## Severo público

Quien pasa por la calle Padre Valencia, muy cerca de Lugareño, en Camagüey, ve el retrato calado de un jovencito, que probablemente no reconozca. El rostro que emerge entre los ladrillos es también del escritor Severo Sarduy Aguilar, quien había nacido en la casa marcada con el No. 80 (posiblemente antiguo), de esa calle, según la inscripción de nacimiento. La foto fue tomada en el año 1955 para figurar en el álbum de graduados del Instituto de Segunda Enseñanza. Cuando Oneyda González y Gustavo Pérez trabajaban en el documental *Severo secreto*, él tuvo la idea de hacer este calado. No sabían la finali-

## En casa de Cocuyo

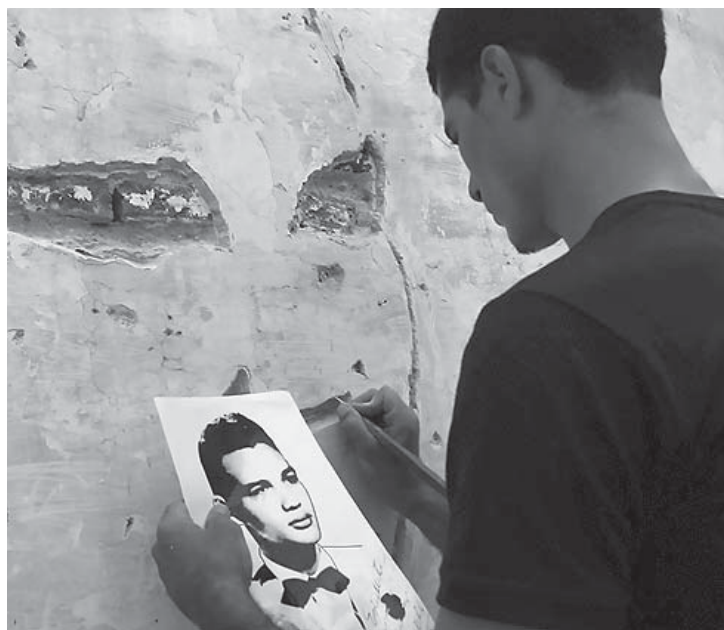
identificarnos con *alguien* que esté allí, y con *su* historia. Ni un antes, ni un después: es el *ahora*, como en el cine, plano a plano. Unos negros viejos “sentados al revés en tambaleantes sillas”, que juegan dominó en medio de la calle, beben ron peleón y repiten frases desafiantes; o ese hombre que huye en busca de un lugar seguro, y termina degollado. No sabemos de dónde viene, ni a dónde va: ¡es un cuadro! Su historia termina en un detalle a su cabeza sobre el baúl, que el brazo aún sostiene. Difícil es imaginarse una síntesis, y una elocuencia mayor.

Solo interesan, en su transcurso, los seres más cercanos a Cocuyo: madre, padre, hermana, tías. Pero tampoco son nombrados, de ahí que no nos identificamos, sino con una suerte de parentesco apenas esbozado: la madre se mece con más fuerza en su balance, cuando oye a las tías criticar el relato de su hijo. La hermana le ofrece un tilo, o leer juntos, porque sabe que le puede calmar los nervios. El padre muerde el tabaco que va a encender, y se sirve una copita de coñac, mientras dice: ¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios!

Mientras se lee, se va sintiendo que su casa está en sí mismo. Su mundo va con él a todas partes, para que desde allí le llegue intacta la frase en la voz de una de sus tías, al evocar los sonidos del vendaval: “Son los niños inocentes”... Y enseguida la voz de su hermano, el padre de Cocuyo, que viene a poner orden: ¡Qué inocentes ni qué carajo! ¡Esto es tiempo de ciclón!

Antes que un principio, medio y fin de la historia, es el principio, medio y fin de una especie: ¿El bicho cubano? ¿El bicho humano? Como el científico aficionado que fue, como el médico que quiso ser, Severo Sarduy examina cada célula bajo el lente de su microscopio. Al terminar con una, inicia el examen de la otra, o de un nuevo conjunto de ellas, hasta diagnosticar capítulo a capítulo, una salud bastante precaria. Vale más no tener miedo.

Esas estampas, que parecen llegarnos de los arcanos del Camagüey, salen de la voluntad creadora de un hombre que había vivido en París desde 1960, sin volver a Cuba. De esta casa, en la calle Bembeta, parte la familia Sarduy Aguilar un día de 1955. Severo había sido el primer expediente en Ciencias y Letras del Instituto de Segunda Enseñanza de aquel curso, y quería estudiar Medicina en la Universidad de La Habana.



dad que tendría dentro de la historia, pero coincidían en que era muy elocuente. Tras varios intentos, encontraron la solidaridad de otros camagüeyanos que les cedieron la pared donde se haría, y Gustavo filmó el proceso. El calado es obra del artista floridano Alexander Hernández, de la serie “Con lo que se construye un pueblo”, quien había iniciado ese trabajo unos años antes en la calle Luaces con otras figuras de importancia en nuestra cultura. Inscribir estos rostros en las viejas paredes de Camagüey es un hecho poético inusual y hermoso.